



(Para "Fray Mocho").

Llámase "corrida de suris" o simplemente corrida, en juerga campera, a la caza del aveSTRUZ. Efectúase a caballo y con el auxilio de boleadoras y de perros. Nada de armas de fuego ni utensilios de uso moderno que robarían toda la salvaje belleza que inviste el magnífico espectáculo de fuertes emociones premiado.

(Cuando se habla de la caza del aveSTRUZ está implícitamente incluida la del guanaco, de la cabra montés y de toda la salvajina que ofrece blanco a las bolas o al lazo.)

Aquel que haya presenciado una corrida de suris, pero una corrida de verdad, puede estar seguro de que ha visto el más alto exponente de destreza, arrojo y resistencia humanas. Una corrida de suris es superior en todos estos conceptos a las corridas de toros de España, a las justas señoriales del medioevo y a las tragicómicas pínnulas de los héroes del Far West. Más hasta que clavar las banderillas al toro la hay sin duda en bolear un aveSTRUZ que va a la carrera haciendo quinientos a sesenta o setenta metros de distancia; más peligro que chocar las latas, forrados de acero y protegidos de fuertes broques, lo hay en lanzarse en desenfrenada carrera por sobre toda clase de desconocidos obstáculos, y más procta que matar hombres con proyectiles de humo y pegar sopapos sin efectos reales, existe en montar a caballo a la madrugada para bajarse al entrar la noche después de correr, cambiando cabalgaduras, veinte o treinta leguas, sin tregua y sin alimentos.

Con no menos de cincuenta jinetes formóse la caravana que debía efectuar la corrida. Las mejores "bolas" (así se los distingue a los más destros) llevaban uno o dos caballos de tiro y ocho o diez boleadoras.

Todos los "fletes" mostraban su brillante pelaje adquirido en varios meses de metódico pescibre y entreno imprescindibles para responder con eficacia el día de la prueba.

Durante las cuarenta y ocho horas que duró la travesía me informé de todos los pormenores que constituye una corrida. Supe así que los aveSTRUZES y guanacos no duermen nunca en el bosque para no ser cazados por tigres y leones, y sí en escampados donde les es fácil ponerse salvo de las garras de los felinos. En cuanto amanece interinanse la mayor parte en la selva. Por eso, por la noche, los hombres circundan el campo hasta una distancia que varía según la calidad de los "gritadores". Estos, que son los encargados de dar la voz de combate, colócanse en los extremos del rodeo y, en cuanto las primeras claridades del día descienden, uno el más fuerte, da la voz inicial, la que es contestada tan pronto como el eco se apaga en la lejanía.

— ¿Por qué no gritas ya, Román? — Porque todavía es muy oscuro, niño; espere unos minutos más; mientras tanto cinchemos bien los caballos. Tenga cuidado con Sotreta (así se llamaba mi caballo), pues es un mancarón aguerrido y de número para estas cosas, capaz de correr solo por su cuenta y riesgo y voltear un machazo a mordiscos — dijome Román Guerra, el as de los ases de los cazadores de aveSTRUZES.

Un rato después de haber dejado listas nuestras cabalgaduras, mi acompañante y cicerone, poniéndose de pie en los estribos, echó el cuerpo atrás y lanzó un alarido espantoso: ¡Ahí... ahí... ahí... pu... ju... ju...!

El estentóreo ululato rimbombó con épica sonoridad a través del austro silencio de la llanura dormida y quedó vibrando como tocadita de marimba.

UNA CORRIDA DE SURIS EN SANTIAGO DEL ESTERO

Por CARLOS B. GÓMEZ

Todo oídos esperamos la inaudible respuesta. Pocos segundos pasaron y el silencio fué violado por segunda vez. De allá, del confín del campo, como si surgiese del fondo de la tierra, se oyó el eco apenas perceptible de otro alarido formidable: ¡Ahí... pu... ju... ju...!

— Oye usted? — me dice Román. — Ese es mi compadre Isidro Sayavedra, el único hombre capaz después de mí, de hacersecir a dos leguas de distancia.

Amanecía. Su manto de grana apuntaba

vista de este hombre extraordinario. Salía de un asombro para entrar en otro. Primero, su grito; luego, su vista. Las dos cualidades me dejaban pasmado.

— Pero adónde, Román, ves todo eso?

— Acaso no los alcanza a ver usted? Mire aquí, a la derecha, y véatelo su tío Ermilio en el "Tordillo"...

— Yá le dió alcance... ¡Tomá por arriba! ¡Bah!, parece que se le va con las bolas... ¡qué lo va a dejar que se las lleve, nunca, nunca...! — Qué es lo que